

sábio consejero de los reyes y de los pueblos, el más simpático á toda sociedad bien regularizada, sea democrática ó monárquica: tal es el *Syllabus* tan calumniado.

2.º *En la vida civil, se dice que el clero se mezcla en la política:* Respondo: generalmente nó, porque su reino no es de este mundo, como les dijo Nuestro Señor Jesucristo; reconocen claramente con el Papa Gelasio y sus sucesores, la distincion de los dos poderes, así como su independencia recíproca. Hé allí en lo que consiste su política. Pero si se ingirieran en ella, derecho tendrían para hacerlo, como cualquiera hombre; y aun los mismos enemigos deben convenir en ésto, porque ministros de Dios en el órden espiritual, son también ciudadanos en el órden temporal; soportan las cargas del Estado, pagan el impuesto como los demas. ¿Por qué pues, si cumplen sus deberes como ciudadanos, se les quiere excluir de los derechos sociales que se reconocen hasta al último pária? ¿Qué, por ser Sacerdotes incurrieron en la muerte civil?

Vaya! Cuando la revolucion viene á revolverlo todo en el personal del clero; cuando se viene á turbar su enseñanza, su gerarquía, su disciplina; cuando se apoderan de sus bienes; cuando se destierran y secuestran á los Sacerdotes, Obispos y Pontífice Supremo; cuando se subleba y corrompe la prensa para amotinar al pueblo contra el clero, porque levantan un poco la voz para defenderse, se

le quiere cerrar la boca, diciéndole entonces que se ingiere en la política? ¿Pues qué, cuando son tratados así, no tendrán ni el derecho de la defensa que no se le niega ni á almas criminales?

Cuando el clero se ha ocupado de la política, por cierto que el mundo no lo ha llevado á mal. El Abate Suger, S. Bernardo, Richelieu, Mazarino, Fleury, fueron ministros y hombres de Estado de gran valor, pues que hicieron grande y bella á la Francia; y hoy por cierto, de mucho nos servirían sus luces y sus genios.

Quieren dominarlo todo, someter la sociedad á las leyes de la Iglesia, hacer prevalecer sus doctrinas sobre las ideas modernas.—Sí, es verdad, en el órden espiritual; trabajan en extender el reino de Jesucristo sobre las almas; Pilatos mismo no se intimidaba de ello. Se esfuerzan en prevalecer sobre las conciencias por la verdad, por la fé, por el amor y por todas las abnegaciones; todos los dias hacen ese voto y esta oracion. *Venga á nos, Señor, tu reino.* Es la supremacía que desean llevar hasta las extremidades de la tierra, á vuestras casas, y hasta el fondo de vuestras almas.

[Continuará.]

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3.

Guadalajara, Julio 8 de 1881.

NUM. 23.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CIRCULAR

del Emo. Sr. Cardenal vicario, sobre reliquias de los Santos.

Vigesimus iam fere annus est, ex quo nullum beatorum martyrum corpus e coemeteriis romanis, quae Catacumbae dicuntur, in lucem extractum piae fidelium venerationi, legitima auctoritate, propositum est. Quapropter, licet petentibus multis, ut sibi aliqua martyrum corpora concederentur, nullo modo piis eorum desideriis satisfieri potuit. Sed proximis his praeteritis annis, ejectis e suis aedibus cum viris religiosis, tum virginibus sacris, effectum est, ut plures ecclesiae diruerentur vel publicarentur, et Sanctorum reliquiae, quae jamdiu e coemeteriis extractae et arculis ligneis reconditae intra monasteriorum claustra vel sub altaribus delitescerant, una cum reliqua ecclesiarum supellectile per Italiam publice venundarentur. Non fuerunt homines a fide alieni, et vel ipsis infidelibus christiani homines peiores, qui spe lucri eas emerent, earum-

que veluti monopolium constituere adniterentur.

Quod execrabile commercium statim ac innotuit Sanctissimo Domino Nostro Leoni XIII, Pontifici Maximo, venditores pariter atque emptores ab incepto deterruit eo decreto, quod ejus jussu sacra Congregatio Indulgentiis et sacris Reliquiis praeposita edidit die 21 Decembris anno 1878. Attamen, quae temporum perversitas est, homines pecuniae tantum inhiantes animaeque negligentes, cum non amplius in Pontifice Maximo eam potestatem revereantur, qua á re tam nefaria coerceri potuissent, occulte ac maiori studio ab incepto opere minime destiterunt.

Interim vero plures Christi fideles, ignorantia hujus decreti, Dei et religionis amore ducti, recte se agere putantes si ex infidelium manibus reliquias Martyrum redimerent, arculas ligneas quibus illae continebantur, ingenti etiam pretio, sibi comparaverunt, easque ad lipsanothecam urbanam, ut probarentur, detulerunt. Earum igitur nonnullae veteres litteras authenticas secum afferebant, aliae autem iis prorsus carebant; omnes cum signis, tum ceteris indiciis, antiquitatis speciem praeseferebant. Instituto examine retentisque arculis, quae dubiae

fidei visae sunt, quidquid iis continebatur in subterranea coemeteria delatum est. At dolendum profecto, plures hujusmodi reliquias Romae emptas, quin ad iudicium deferrentur Cardinalis in Urbe Vicarii (qui solus de reliquiis suburbanis hypogaeis veterum christianorum repertis, rite ac legitime iudicare potest,) in dissitas terras perlatas fuisse, ea forte spe ut ab exteriorum regionum Episcopis probarentur.

Quam vero perditii homines ex hoc sacro commercio genere, non modica lucra assequerentur, novam fraudem moliri coeperunt. Etenim arculas ad instar veterum et legitimarum, cum ossibus suppositis, cum signis ex antiquis expressis, ita composuerunt, ut legitimis similes essent; neque veriti sunt ipsas authenticas litteras eadem fraude et arte confingere, quo pacto plures in dolum induxerunt. Has insidias et fraudes non semper licuit detegere, imo timendum est ne ipsi sacrae ipsanothaecae ministri, dolis irretiti, in falsariorum fallacias quandoque incidant. Quapropter diligenti investigatione nunc acta conficiuntur, quibus inquiratur, qui sceleris auctores et qui illius adiutores fuerint. Interim ab ipso Pontifice Maximo munus mihi demandatum est monendi Episcopos, ut martyrum corpora, quae e romanis veterum Christianorum coemeteriis prodicisse dicuntur, quaeque utcumque recognita Ecclesiarum praesulibus nunc exhibentur, generatim suspecta habeant, neque fidelium cultui proponi permittant, donec novis litteris moneantur qua ratione, circa ea, se gerere debeant.

Quae res cum magni momenti sit commendatur prudentiae Amplitudinis

Tuae, cui fausta omnia ac felicia precor a Domino.

Datum Romae ex aedibus Vicariatus XVI. Kalend. Februar. 1881.
Addictissimus servus verus.—*R. Card. Vicarius.*

SECCION III.—Variedades.

Con aprobacion del Illmo. Sr. Arzobispo, publicamos en seguida el **Sermon de S. Pedro**, predicado por el Sr. Canónigo D. Florencio Parga, en nuestra Catedral Metropolitana, el 29 de junio último. Inútil nos parece nuestro elogio de esta pieza oratoria, pues ella sola se recomienda por sí misma y por la justa nombradía de su autor.

RR.

Beatus es Simon Barjona, quia caro et sanguis non revelavit tibi..... Et ego dico tibi quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam.

(MATTH. CAP. XVI, v. 17, 18.)

Illmo. y Rmo. Sr:

Tarea sobremanera difícil para mí, es la de predicar en esta gran festividad de la Iglesia. Cierito que el asunto es espléndido y fecundo; cierto que

hay innumerables y bellísimas cosas que decir del grande apóstol San Pedro. Pero en esta misma magnificencia y abundancia de material, hallo la mayor dificultad de un sermón, que por serlo y por la hora ya muy adelantada del día, es preciso que sea, sobre todo, muy breve. Y en un tiempo muy breve, ¿es posible referir lo que fué y lo que hizo San Pedro, como Apóstol y como soberano Pontífice!

—Que me limite á sus principales actos, acaso se me dirá.

Pero si todo fué principal en él, notabilísimo, respondo yo.

Desde el día en que lo llamó Nuestro Señor Jesucristo al apostolado, hasta el momento en que fué suspendido y muerto en una cruz, por orden de Neron, hay un periodo de tiempo, señores, de más de treinta años, en que San Pedro fué toda actividad y movimiento, en que hizo mil cosas á cual más interesantes, en que no descansó ni un instante y en que no dió un paso que no fuera encaminado al desempeño de su mision, la mision más grande que hombre alguno sobre la tierra haya tenido. Treinta años, sí, de primer Pontífice, en que habia que establecer y que crear todo, que fundar la Iglesia de Jesucristo, no solo en el mundo entonces conocido, sino hasta en los puntos á que nunca se atrevieran á llegar las legiones romanas, y hasta en los confines del oriente y del occidente, del septentrion y del mediodía. *Usque ad extremum terrae.*

¡Qué cúmulo de maravillosos acontecimientos desfila á la vista del que estudia la vida del Príncipe de los apóstoles!

Sus repetidos viajes á remotas tier-

ras para llevar la luz del Evangelio y arreglar los infinitos negocios de la Iglesia de que era el Supremo Pastor; sus grandes y muy frecuentes milagros de toda especie; sus misteriosas proféticas visiones, su presidencia en el Concilio de Jerusalem y en la eleccion de un nuevo apóstol; las espantosas persecuciones y cárceles que sufrió y de las cuales lo libertaban los ángeles, y mil cosas más, tocantes al grande apóstol, y todas principalísimas, no es posible que las toque y las comente yo ahora; y así me reduciré, con harto pesar mio, á hablar nada más que de su maravillosa trasformacion de pescador en Apóstol, y luego de su exaltacion al Supremo Pontificado; demostrando contra el moderno positivismo, que esa trasformacion fué sobrenatural, obra toda de Dios y no de ninguna causa natural ni humana. "Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no carne ni sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."

Mas como nada de lo que me propongo podré hacer sin los auxilios de la gracia divina, os ruego que me ayudeis á implorarla del Espíritu Santo, por la mediacion poderosísima de la siempre Virgen María.

Bienaventurado eres Simon hijo de Juan, porque no carne ni sangre te lo ha revelado....

Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia ... (S. MATEO).

Si uno de esos espíritus que no creen sino en la naturaleza; si un positivista, como hoy se dice, que niega absolutamente todo lo sobrenatural, porque no lo ve con los ojos materiales; si uno de esos hombres de ciencia, como

ellos mismos se titulan, extranjero enteramente á nuestra religion y á sus principios, á sus demostraciones incontrastables, á sus santos, á sus heroes, á su historia, nos preguntara á los católicos: "¿Quién fué San Pedro?" Y añadiera: "Pues que tanto lo solemnizais, mucho tendreis que elogiar y que decir, sin duda, de sus dotes naturales, de sus talentos, de su saber académico, de la nobleza de su alcurnia, de sus humanas proezas, de su valor impertérrito, y de todo lo demás que es grande y deslumbrador en esta tierra. Decid pues, ¿qué fué S. Pedro?" Si esto nos preguntara, sin titubear responderíamos al instante: Fué nada, segun la naturaleza. No tenemos empacho en decirlo. Fué un pobre pescador de Galilea, sin ningunas letras, ni ciencias, sin más bienes de fortuna que su barquilla, sus redes y sus peces, sin prestigio, ni mas relaciones que las que puede tener un rudo barquero, y sin haber hecho en su vida de pescador, nada que llamara la atencion de sus vecinos y compañeros siquiera. Era un hombre oscuro en toda la extension de la palabra. Así es que, vos, espíritu positivista y fuerte, si solo eso queriais saber: ¿quién fué San Pedro, segun la naturaleza?; podeis iros en paz. No hay hazañas, ni aventuras, ni golpes teatrales, ni glorias mundanas que contaros.

Sin embargo, escuchad, si quereis, y meditad esto únicamente que vamos á deciros, y volved á explicárnoslo dentro del término que os plazca. No creéis en el orden sobrenatural, ni por lo mismo en los prodigios de la gracia. Muy bien. Pues yo os digo, y conmigo la historia y el mundo entero: Ese mismo Simon, hijo de Juan, á quien no-

sotros llamamos San Pedro Apóstol, un día pasa por una trasformacion nunca vista, que nosotros los católicos comprendemos y explicamos perfectamente con un solo adjetivo: *sobrenatural*. Sí, trasformacion *sobrenatural*, por obra de la gracia. Desearia yo saber, cómo y con qué sábios términos explica esa trasformacion vuestra ciencia positivista, ¡oh profundo libre-pensador!

Es el caso, que de la noche á la mañana, Simon, hijo de Juan, sin conocer ni menos frecuentar las Academias ni los Liceos, sin pedir ni deber nada á los libros ni á los hombres, ni á la fortuna, siente que desaparece su interior habitual rudeza; que su natural timidez se torna en una intrepidez muy superior á la mayor intrepidez de los héroes del mundo; que su inteligencia se ilustra de un modo indecible, pues es capaz de alcanzar no solo lo que los más grandes filósofos antiguos, sino lo que ni la razon más poderosa habria jamás siquiera vislumbrado. Elevada esa propia inteligencia por no sé qué fuerza omnipotente muy más allá de las regiones conocidas, aprende una ciencia que dista infinitamente de la pobre ciencia humana, y descubre unos misterios junto á los cuales, los misterios de la naturaleza son como juegos de niños. Expone esa ciencia, esos misterios á los hombres, él, que jamás habia sabido decir en público ni una palabra, que ni siquiera habia tenido noticia de que existiera un "arte de hablar;" y millares de hombres que lo rodean y lo escuchan, en el colmo del asombro, tanto porque es Simon hijo de Juan, que nunca habia sabido nada, el que habla, como, sobre todo, porque lo que dice, lo que enseña es tan extraordinario, tan irresistible, tan

prodigiosamente elocuente, tan sublimemente sencillo, tan celestial y divino, en una palabra, que en el acto esos millares de hombres se confiesan vencidos, y creen lo que él cree, y adoran lo que él adora.

¿Cómo ha sucedido ésto? Entre esos hombres que ha avasallado su palabra, no hay solo unas cuantas familias, ni puros habitantes de un mismo suelo: hay innumerables extranjeros que no hablan un mismo idioma; que no tienen unos mismos hábitos, que alimentan rivalidades y celos de nacion, que poseen diversos grados de instruccion, y sin embargo todos entienden lo que predica el pescador de Galilea, como si á cada uno le hablara en su propia lengua, todos se convierten, todos doblan ante él. la rodilla y le piden el bautismo. ¿Como se ha verificado esta trasformacion inaudita? Los que negais el orden sobrenatural y la gracia del Espíritu Santo, ¿cómo explicais la repentina trasformacion de un hombre que ayer literalmente era un ignorante é incapaz de otra cosa que de su humilde oficio, en el hombre de hoy que sabe los secretos del cielo, y enseñándolos conquista toda la tierra?

Me direis que os hablo de secretos del cielo cuando sé bien que no admitis ese cielo en que yo creo. Bien está: no admitais como celestial ni divina la ciencia que Pedro de un momento á otro ha alcanzado; pero ello es que no podeis negar que es una doctrina acabada, perfectísima, bajo cualquier aspecto que se la considere, de tal modo, que una sola de sus páginas ¿que digo una página?, una sola de sus máximas, cualquiera de ellas, encierra mas sabiduría que todos los libros de los mas renombrados filósofos de la anti-

güedad. Los enemigos más implacables de esa propia doctrina, mientras más talento han tenido, más obligados se han visto á confesar que ella es incomparable con ningun humano sistema, que deja atónita á la soberbia razon del filósofo y que éste en vano busca una explicacion natural, satisfactoria, del modo con que adquirieron la ciencia altísima de esa doctrina, Pedro y los demas apóstoles; y lo que es no ménos importante, á saber: ¿por qué con ella, con sus principios severísimos, que reprimen todo mal instinto, toda desordenada pasion, por más halagüeña y grata que sea á nuestra naturaleza, conquistan el mundo moral, el mundo de las inteligencias y de las almas?

Direis todavía, tal vez, que San Pedro, y lo mismo los demás apóstoles, aunque simples pescadores, tuvieron una escuela en que aprendieron las cosas sorprendentes que enseñaron: la escuela de Jesus de Nazaret, y que así se explica esa trasformacion que tanto me admira.

Ah! ¿y creéis con eso desatar una dificultad y resolver un problema! Pues no haceis sino evidenciar más la necesidad de admitir el orden sobrenatural, y confesar lo que es todo para nosotros, nuestro mayor triunfo, la divinidad de ese mismo Jesus de Nazaret.

En efecto: Él era el Maestro Sapientísimo de Pedro y los otros apóstoles, y Él quien invistió á aquel de inmensos poderes, como no hay iguales sobre la tierra. La doctrina portentosa que Pedro enseñaba, no era suya ni en una jota ni un ápice. Era toda, palabra por palabra, de su Maestro. Así lo proclamamos y lo creemos. Pero los que no veis en Jesucristo mas que un hombre y no un Dios, responded á lo